# 

# SPAGHETTI

de

Mariano Cossa

y

Gabriel Pasquini

## PERSONAJES

LEONARDO DA VINCI: A esta altura, se parece a su autorretrato de Turín, un anciano de largas barbas blancas y larga cabellera, con frente amplia y expresión cansada. Desde siempre utilizaba una túnica rosada hasta la rodilla. Tiene 66 años.

REY FRANCISCO I DE FRANCIA: En la época en que transcurre la obra contaba con 25 años de edad y había accedido al trono cuatro años antes. Seguramente aparenta 30.

FRANCESCO MELZI: Aprendiz y discípulo de Leonardo desde que tenía quince años; ahora tiene 28, aunque puede aparentar un poco menos. Proviene de una noble familia milanesa.

LA COCINERA: Puede ser hombre o mujer. Edad indefinible, aspecto andrógino. Voz de timbre forzadamente femenino.

LA ACCION TRANSCURRE A LO LARGO DEL AÑO 1519 EN UN CASTILLO DE FRANCIA.

EL AMBITO ES UNA MEZCLA DE TALLER, LABORATORIO Y COCINA MEDIEVAL. ESTA DESORDENADA, SATURADA DE OBJETOS –ALGUNOS EXTRAÑOS Y OTROS RECONOCIBLES. EN MUEBLES Y RINCONES HAY LIENZOS, PINTURAS, CABALLETES, PINCELES, UN LAUD, INFINIDAD DE PAPELES MANUSCRITOS, MIENTRAS QUE EN EL FUEGO VARIAS OLLAS DESPIDEN VAPOR. CERCA DEL CENTRO, HAY UN MUEBLE-MESADA, DONDE LEONARDO COCINA, TRABAJA, ETC. ES IMPORTANTE QUE EN ALGUN LUGAR SE VEAN, PUESTAS SIN NINGUN CUIDADO, LA “SANTA ANA” Y “LA GIOCONDA” DE LEONARDO. A UN COSTADO SE DEBE VER AL “SAN JUAN BAUTISTA”, ACOSTADO DE MANERA QUE SU DEDO APUNTE, EN LUGAR DE AL CIELO, AL MUEBLE-MESADA.

A UN COSTADO, LA COCINERA TRABAJA SOBRE UNA SEGUNDA MESADA. MANIPULA OBJETOS Y ANIMALES DE DIMENSIONES RIDICULAS.

**ACTO I**

COCINERA: Si bien podría pensarse que el desayuno debe ser la comida más

importante del día, es aconsejable no saturar al organismo a horas tan tempranas con alimentos muy pesados. La jornada traerá otros platos, dulces o amargos, salados, picantes, nutritivos, jugosos...(PONE CARA DE HAMBRE. LUEGO, CON RESIGNACIÓN) Mientras tanto, se puede distraer el hambre con la lectura de algún poema, presenciando los divertimentos de algún músico. O –lo más saludable para el alma- con la debida oración (SE PERSIGNA), asistida –si es posible- por un cardenal o, en su defecto, obispo (AGITA LA OLLA HUMEANTE EN QUE COCINA, COMO SI FUERA UN PEBETERO DE INCIENSO). Una vez que el cuerpo reclama la ingestión, con sus habituales sonoridades, se recomienda no ceder brutalmente a tal demanda. Mente y cuerpo, a estas horas, pueden funcionar correctamente con una dieta consistente en: las ancas de seis ranas (no muy grandes), la pezuña hervida de una oveja, una fuente de aceitunas y no más de un plato de polenta fría con huevos y sardinas. Si esta dieta resultara estricta en demasía, puede agregarse, como complemento, el muslo de un colimbo hervido. Para la correcta preparación del colimbo debe tenerse en cuenta que –aunque es esta un ave pequeña- su carne puede resultar un poco dura, por lo que el ejemplar debe permanecer colgado durante seis semanas antes de ser cocinado; se hierve entonces en agua de ajo, con una pequeña cantidad de pimienta durante una hora y media, se retira y se lo deja reposar otro tanto en agua de rosas. Una vez que empieza a tornarse verde, (SACA UNAS ALAS QUE SE CUELGA DE LOS HOMBROS), el pájaro puede servirse.

**ESCENA I**

SE ILUMINA EN SU TOTALIDAD LA COCINA. LEONARDO DICTA REVOLVIENDO OCASIONALMENTE EL CONTENIDO DE UNA OLLA. MELZI ANOTA EN UN FOLIO.

LEONARDO: El pájaro es un organismo que obra según leyes matemáticas; el hombre,

por lo tanto, puede construir un mecanismo igual, dotado de los mismos movimientos, aunque de menor potencia y capacidad de equilibrio. Diremos, pues, que a tal instrumento fabricado por el hombre sólo le faltaría el alma del pájaro, la cual debería ser remedada por el alma del hombre. El movimiento del pájaro artificial debería verificarse siempre arriba de las nubes, para evitar que las alas se humedezcan y para prevenir el peligro de las corrientes de aire giratorias. El hombre, en su aparato volador, tendrá libertad de movimiento de la cintura para arriba, para poder balancearse como en un bote, de manera que el centro de gravedad de su cuerpo y del aparato puedan oscilar y cambiar de lugar cuando lo exija la alteración de su centro de resistencia. (COMO EN UNA ENSOÑACIÓN) El gran pájaro emprenderá su primer vuelo desde el lomo de un gigantesco cisne, llenando de asombro al mundo, divulgándose en mil escritos su fama y dando gloria eterna al nido en que nació. (QUEDA ENSIMISMADO)

MELZI: (DESPUÉS DE UN RATO) Maestro... ¡Maestro Leonardo...!

LEONARDO: ¿¡Por qué suponer que si he dejado de hablar también ha cesado el

discurrir de mi pensamiento, Melzi!?

MELZI: ¡Perdón, maestro! Creí que habíamos terminado...

LEONARDO: A ninguna persona educada se le ocurriría interrumpir a alguien que

habla, pero nadie muestra el menor pudor para dirigirse a quien está a todas luces meditando, cuando es evidente que resulta más fácil recuperar el hilo de un discurso que la intrincada corriente del pensamiento creador.

MELZI: Le ruego me disculpe, es que... todo esto me es muy confuso y difícil de

seguir.

LEONARDO: ¡Confuso! ¡Al joven Melzi, al hermoso e infiel aprendiz, le resultan

“confusas” las ideas de un viejo decrépito!

MELZI: No es así, maestro. Es más bien que... no le veo la utilidad. Esa ave suya ni siquiera se puede cocinar.

LEONARDO: ¿Y por qué se supone que ha de tener alguna utilidad?

MELZI: Maestro, desde que llegamos a Amboise he estado tratando de que

organice su trabajo; de que todos esos cuadernos y papeles que hemos arrastrado de Florencia a Milán y de Milán a Francia, a lomo de mula, no se deterioren más. Pero cuando logro hacer un mínimo orden, después de días de trabajo, leyendo manuscritos con un espejo... usted revuelve todo de nuevo y hace nuevas anotaciones en los márgenes de los viejos... No voy a terminar nunca.

LEONARDO: Ya habrá tiempo, Melzi. No te olvides que por ahora estamos bien

y tenemos resuelta la subsistencia.

MELZI: Con una renta de mil trescientos ducados, está algo más que resuelta.

Pero si no terminamos pronto el retrato que el rey Francisco ha pedido, temo que nuestra subsistencia se vea en peligro; no olvide que nos avisó de su visita esta mañana.

LEONARDO: Hoy, y mañana, y pasado y ayer... Ese hombre no me deja

trabajar en paz. Todo por una..., por esa insulsa de *mademoiselle...* ¿qué?

MELZI: ...*Babou*... Por eso creo que deberíamos aprovechar el poco tiempo que

nos queda libre para concluir el tratado de pintura. Asegurarnos de preservar sus conocimientos, poner en blanco sobre negro la esencia de su genio.

LEONARDO: El tratado de pintura ya está hecho, nada más hay que transcribirlo de

mis apuntes.

MELZI: Como si fuera cosa fácil..., a veces no lo entiendo: usted dice que el

conocimiento... la nueva ciencia, debe estar basada en la experimentación y el registro de los datos para facilitar su divulgación..., pero sus escritos son la cosa más críptica y difícil de desentrañar, como si quisiera ocultarlos al resto del mundo. ¡Esa costumbre de escribir al revés...!

LEONARDO: ¡Escribo al revés porque soy zurdo! ¿Tan difícil de entender es? Si

escribo con la mano izquierda hacia la derecha, voy ocultando lo que escribo con el puño, y no puedo seguir el hilo.¡No hace falta ilustración para darse cuenta! Es pensamiento común y práctico, Melzi, algo que a veces parece faltarte.

MELZI: ¿Y qué tiene que ver con el pensamiento práctico este escrito sobre

hombres-pájaro y máquinas que vuelan? Ya hemos hecho infinidad de estudios sobre el vuelo de los pájaros. Usted mismo ha demostrado que, desde un punto de vista físico, es imposible el vuelo para el hombre.

LEONARDO: Para el hombre, sí... No para el hombre con un artilugio mecánico que se

lo permita.

MELZI: Lo cual es más absurdo aún, porque al peso del hombre hay que sumar el

peso del artilugio, que, de por sí, no vuela. ¿Cómo dos cosas que no vuelan...?

LEONARDO: En eso estamos trabajando, Melzi.

MELZI: ¡En *eso* estamos trabajando! ¡En *eso* estamos perdiendo el

tiempo! ¡Mientras esperamos... media Europa espera que le diga cómo tomar el pincel! Si Dios hubiera querido que voláramos, habríamos nacido con alas.

LEONARDO: Claro, y si hubiera querido que pintáramos transpiraríamos solvente,

pero no es así. Tu idea de Dios es algo anticuada.

MELZI: No blasfeme, maestro. Dios no puede ser anticuado: es uno solo, eterno y

omnipotente; lo es todo.

LEONARDO: Si es todo, también debe ser anticuado... Yo creo que Dios sólo hizo el

comienzo y después –como todo creador genuino- se aburrió de nosotros y nos dejó inconclusos. Debe haber pensado: “estos seres, tan miserables, tan chiquitos, tan previsibles... me quitan demasiado tiempo; les daré una mente y que se arreglen solos ”. (DISFRUTANDO EL ESCANDALO QUE CAUSA A MELZI) “Les mandaré una o dos catástrofes cada tanto para que se acuerden de mí; con el tiempo aprenderán a crearlas por sí mismos” (SE RIE)

MELZI: ¿No le teme al fuego eterno?

LEONARDO: Claro que le temo al fuego... y mucho; sobre todo porque si ese zapallo

se cuece más tiempo del indicado, cuando nuestros nobles comensales lo partan, se producirá una erupción de zapallo incandescente que desfigurará a toda la dinastía... lo que no estaría nada mal, por otro lado.

MELZI: (RIENDO) Y no sería la primera vez...

LEONARDO: (JOVIAL) ¡No le permito, jovencito, que haga burla de mi cocina! ¿Que

un par de cortesanos murieron de indigestión en la mesa de mi señor Ludovico Sforza? ¡Bien merecido se lo tenían, esos bárbaros! Hubieran probado la comida de los Borgia, a ver qué decían. ¿Que mi maravillosa cosechadora mecánica decapitó a seis pastores en su primera prueba? ¡Su culpa, por ignorantes!

MELZI: Gracias a eso, resultó muy útil en la batalla por el sitio de Milán...

LEONARDO: (MENOS ALEGRE) Y sí..., una función accesoria no prevista.

MELZI: ¿Y cuando le presentó la famosa “*insalatta*” al arzobispo de Roma, que,

en vez de servirse y pasarla, se la comió toda y después se limpió la boca con las hojas de lechuga? (RIE MAS)

LEONARDO: Bueno..., la costumbre de la iglesia de no compartir...

MELZI: Sin mencionar que la mujer de Ludovico murió a la mañana siguiente del

banquete...

LEONARDO: ¡Bueno, basta! Además, no fue mi culpa; si los banquetes de los Sforza

se hubieran hecho en base a *mis* recomendaciones, no se hubiera muerto nadie.¿Cómo esperaba sobrevivir después de engullir un costillar completo, una pierna de cerdo.... y embarazada? (PARA SI) ¡Bárbaros! Comedores de cadáveres. (MIRA Y REVUELVE DENTRO DE UNA OLLA)

MELZI: No quise decir que fuera su culpa, maestro. Yo nunca...

LEONARDO: ¡Ah, ah, ah! ¡**Tomá nota**, Melzi! (CONSULTA UN RELOJ) ¡Once

horas y veinticinco minutos, a fuego máximo de leña de sicómoro, (MELZI ANOTA) en agua con sal en proporción de doce a uno... son suficientes para desintegrar por completo a un pollo mediano sin plumas! Mañana repetiremos el experimento en las mismas condiciones, pero... con plumas. O con un ternero completo, si conseguimos una olla del tamaño adecuado.

MELZI: (ABATIDO) Pero, maestro..., eso no le interesa a nadie.

LEONARDO: Todo conocimiento es interesante, muchachote. Nunca se sabe en qué

rincón del saber se encontrará la respuesta a algo que todavía nadie se ha

preguntado.

MELZI: ¿Y por qué no responder a algo que *sí* se ha preguntado? ¿No resultaría más útil?

LEONARDO: ¿Más útil? Hasta lo más ínfimo puede ser útil. Veamos: ¿qué es lo

esencial para hacer un caldo de pollo?

MELZI: (SIN INTERES) Verduras..., apio, cebolla... no sé...

LEONARDO: Sí..., no..., más esencial.

MELZI: (FINGIENDO ESFORZARSE)...agua, sal, especias..., ¡una olla!

LEONARDO: ¡Pero no, idiota! ¡Si vas a hacer caldo de pollo...!

MELZI: Está bien..., ya sé... Pollo: muerto y sin plumas.

LEONARDO: ¡Exacto! Ahora bien, si quisieras llevar alimento para un regimiento al

campo de batalla, sería muy deseable poder cocinar un buen caldo de pollo que levantaría la moral de las tropas, en vez de la habitual carne seca y dura. ¿No te parece?

MELZI: Es algo que no me deja dormir.

LEONARDO: Como tan sagazmente intuiste, para elaborar el caldo hacen

falta pollos; es necesario, entonces, acarrearlos al campo de batalla. Pero si los lleváramos muertos se pudrirían enseguida y, si los lleváramos vivos, habría que acarrear, además, alimento y agua para mantenerlos gordos y lozanos. ¡Demasiado peso extra para un ejército!

MELZI: Buen argumento para acabar con las guerras...

LEONARDO: Dos errores: las guerras nunca se van a acabar y no has advertido que

esta pasta espesa y oleaginosa que ha quedado en el fondo de la olla, no es otra cosa que la esencia misma del pollo. Los líquidos y jugos vitales se han consumido –“*consumé*”, dirían nuestros anfitriones franceses-, pero su sabor y sus elementos nutritivos permanecen en ella. Se puede empacar esta pasta en un odre de cuero y transportarla por semanas o meses a grandes distancias sin que se descomponga, gracias a la sal. Una vez allí, con sólo agregar agua... *voilà*... ¡caldo de pollo!

MELZI: ¿Y ese plato les va a servir hoy a los invitados del rey?

LEONARDO: ¡No! Aún quiero conservar el mecenazgo de Francisco. Ya he sufrido las

consecuencias de tratar de incorporar algo de arte en la mesa de los nobles: ¡dos años y medio en la campiña retratando a las amantes de Ludovico...! ¡Horror! Cuando Francisco se presente, le diré que no pienso pintar el cuadro de su querida; yo no soy un vil retratista. Todas esas distracciones me quitan tiempo para lo realmente importante.

MELZI: Maestro, si me permite... Yo podría ejecutar por propia mano el retrato

de *mademoiselle Babou.*

LEONARDO: (SORPRENDIDO) ¿Qué?

MELZI: No veo por qué no, maestro; ya otras veces ha sucedido. Lo he ayudado

en muchas de sus obras... Incluso en esta misma; cuando la artritis le paraliza el brazo izquierdo (LEONARDO, A SUS ESPALDAS, LE HACE UN CORTE DE MANGA, LUEGO TRATA DE TOCARLE EL CULO PERO NO ALCANZA PORQUE EL OTRO SE MUEVE, SIN PERCATARSE). He sido yo –bajo su mirada directriz, claro está - quien ha deslizado el pincel por el lienzo...

LEONARDO: (CON SARCASMO) ¿Ah sí? Tal vez no necesites más de tu viejo

maestro. Tal vez debería dejarte ir, no importunarte más... Serías libre de retratar a todas las amantes de Europa

MELZI: (RESENTIDO) No, maestro, qué haría yo sin usted.

LEONARDO: Qué harías sin los trescientos ducados que te tocan, querrás decir.

MELZI: El dinero no me importa..., sino la posibilidad de crear una obra... maestra, quizás... inmortal.

LEONARDO: ¡Bah! Es sólo otro encargo... (CAVILANDO). Pensándolo bien, no es

mala idea. La tal *Babou* tiene una nariz que parece el monte Etna visto desde el lado norte. Y siempre parece estar pensando “¿qué es eso que me impide ver el piso?” (PONE BIZCOS LOS OJOS). Para que no se desmayen de espanto al verla, habrá que arreglar la nariz y los ojos... Pero, entonces, todas las cortes de Europa dirán que el autor es una excelente persona... y un pésimo pintor.

MELZI: Sólo quiero cuidar su reputación, maestro.

LEONARDO: Mmm... Está bien. Para lo que importa... (MEDITA). Hay que vestirla

de oscuro; sobresalen menos los horrendos detalles.

**ESCENA II**

EN ESE MOMENTO, POR UNA PUERTA LATERAL, ENTRA FRANCISCO I, EL REY DE FRANCIA. LA COCINERA SE DESHACE DE SUS ALAS. HACE MUTIS

FRANCISCO: ¡Ah, *maese Lyenard*, no podría estar más contento de hallarlo aquí!

(SALUDANDO) Melzi… (AMBOS HACEN UNA REVERENCIA)

LEONARDO: ¡Excelencia! Es un gran honor tenerlo en mi taller... nuevamente.

Estábamos estudiando con Melzi las proporciones que ha de tener el retrato de *mademoiselle*...

FRANCISCO: Ah, sí, sí... Estoy ansioso por verlo terminado, pero estoy más interesado

en este momento por un plato del menú...

LEONARDO: ¿No fue del agrado de la corte el primer plato?

FRANCISCO: Por el contrario, todos han quedado satisfechos... Con excepción, tal vez,

de los invitados lombardos, a quienes tanta profusión de vegetales puso de mal humor.

LEONARDO: Justamente, he imaginado para esta noche un plato con carnes que

combina los sabores de sus ingredientes de manera sublime y, además, expresa con elocuencia y síntesis, las ideas más avanzadas de nuestro tiempo.

FRANCISCO: (ENTUSIASTA) Sólo un genio como el de Leonardo podría haber

logrado algo semejante. ¿De qué se trata?

LEONARDO: Aquí está. (DESTAPA UNA FUENTE. MELZI Y EL REY MIRAN

EXTRAÑADOS) ¡Dos lonjas de carne con una rebanada de pan en medio!

FRANCISCO: No estoy seguro de entender... (MELZI MENEA LA CABEZA)

LEONARDO: Es simple, Excelencia. La carne representa lo animal, la parte salvaje de

la humanidad, el motor de los impulsos más primarios. El pan, por su parte, es fruto del trabajo, la investigación, la experimentación del hombre en su afán por crear una sociedad más civilizada. “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. ¿No es esta hogaza resultado de la agotadora jornada de nuestra especie desde que el mundo es mundo? (LO MIRAN, CONFUNDIDOS) La carne es el instinto; el pan, el pensamiento. La carne nos incita, despierta nuestro apetito: nos invita a hincar el diente, a poseer..., pero en ese momento nos llega, como una revelación, el recuerdo laborioso del pan, moderando, dando verdadero valor a la naturalidad de la carne. Una muestra estupenda de una cultura en la que el ser humano vuelve a ser el modelador del universo...

FRANCISCO: No sé, no sé..., no me termina de convencer...

MELZI: ¿Y si fueran dos rebanadas de pan con una lonja de carne en el medio...?

LEONARDO: ¡Pero no, Melzi! Cambia todo el sentido.

MELZI: Pero así no nos mancharíamos los dedos...

LEONARDO: ¡Y a mí que me importan los dedos! Yo estoy tratando de expresar una

idea. Carne y pan en el medio significan algo... Pan y carne en el medio... la mente oprimiendo el instinto...No me gusta, no tiene proporción... ¿No lo cree, Excelencia?

FRANCISCO: (ASIENTE) Además, mucho pan provoca gases.

LEONARDO: (VENCIDO) ¿Ves, Melzi? Su Majestad lo ha expresado de manera

más concisa y clara: ...“Mucho pan provoca gases”. Se puede oler la verdad de esa frase.

MELZI: ¿Abro una ventana, maestro?

LEONARDO: ¡Todas, Melzi, todas! Apenas si se puede respirar aquí. Me siento

sofocado...(TROPIEZA CON UN OBJETO EN EL PISO). ¡Cómo es posible que piense, que componga creaciones inmortales en estas condiciones! Acorralado por objetos inútiles, cuando podría servirme de mis artilugios, que resolverían por sí mismos el trabajo de un batallón de sirvientes... Si sólo tuviera tiempo y medios para construir el taller adecuado...

FRANCISCO: (SIBILINO) ¿No está cómodo aquí, maestro Leonardo? ¿No le alcanza

un castillo entero, como el que le he brindado, para que dispusiera de él como se le antojara?

LEONARDO: No, no es eso...

FRANCISCO: ¿Quizás Ludovico lo trataba mejor? ¿Extraña la vida lujosa y disipada de

Milán?

LEONARDO: No, no, es sólo que... no me siento yo mismo, tal vez...

FRANCISCO: ¡Maestro! Yo lo veo en la plenitud de sus facultades. Lo he traído a mi

corte para que nos asombre con su ingenio, sus invenciones, su cocina, sus ocurrencias. ¿No insinuará, acaso, que me he equivocado? El Rey no puede equivocarse; el Rey no se equivoca jamás. Sin duda, se subestima usted. Acérquese, por favor; voy a probárselo. (LO INSPECCIONA COMO A UN ANIMAL Y ACERCA EL OIDO A SU PECHO) A ver, diga algo inteligente.

LEONARDO: ¿Algo...?

FRANCISCO: ... inteligente. Vamos… (TIEMPO) Esperamos, maestro.

LEONARDO: (RECITA, DUBITATIVO) Dice la Ética: el hombre es digno de

alabanza y vituperio sólo en aquellas cosas que en su poder está hacer y no hacer.

FRANCISCO: Ah, sí: Aristóteles. Otra.

LEONARDO: ¿Otra? ¿Otra qué?

FRANCISCO: Otra. Otra de esas cosas que usted dice.

LEONARDO: (MIRANDO A MELZI CON COMPLICIDAD) El ordenar es señoril, el

obrar es servil.

FRANCISCO: ¡Bien dicho y bien pensado, por Dios! Ahora, probemos con un acertijo.

LEONARDO: (DESCOLOCADO) ¿Un...?

FRANCISCO: Un acertijo, *Lyenard,* por favor; un acertijo para entretenerme. ¿Es

mucho pedir?

LEONARDO: (MECANICAMENTE, CADA VEZ MÁS RÁPIDO) El agua que tocas

es la última de aquella que fue y la primera de aquella que viene

FRANCISCO ¡El presente! Pruebe con otro.

LEONARDO: Cuanto más se necesita, más se rechaza.

FRANCISCO: El consejo.... que nunca me dan a tiempo. Más, vamos.

LEONARDO: Cuanto más se teme y se rehuye, más se acerca.

FRANCISCO: La miseria, claro... ¡Más, más...!

LEONARDO SE ENCORVA DE A POCO Y EL BRAZO IZQUIERDO SE LE INMOVILIZA.

LEONARDO: La sabiduría es hija de la experiencia.

FRANCISCO: Muy sabio.

LEONARDO: Al que madruga, Dios lo ayuda.

FRANCISCO: Admirable.

LEONARDO: A caballo regalado no se le miran los dientes.

FRANCISCO: Bien...

LEONARDO: (AGOTADO) Nueve, el culo te llueve. Ocho, el culo te abrocho. Siete,...

FRANCISCO: ¡Bravo, bravo! Brillante, como siempre (AL PASAR, LO GOLPEA EN

EL HOMBRO. LEONARDO SE TAMBALEA) ¿Ha visto que el genio

no precisa de ornamento o comodidad alguna para deslumbrar? No vuelva a dudar de mi criterio.... (LEONARDO LO MIRA RESENTIDO) Pero había venido a consultarlo sobre otro asunto. Lo que realmente nos ha sorprendido en la comida de hoy han sido esos... esas..., ¿cómo llamarlos?

LEONARDO: (REANIMADO) ¿Los testículos de cordero?

FRANCISCO: No, no... Estaban deliciosos, sí, pero me refiero a esos... esas cuerdas

flexibles, gelatinosas...

LEONARDO: ¡Las colas de cerdo hervidas!

FRANCISCO: Magníficas, magníficas, pero tampoco.... Hablo de esa cabellera blanco-

amarillenta... Confieso que en un principio pensamos que se trataba de

algún tipo de gusano, por lo que la primera impresión fue de rechazo...

LEONARDO: (MISTERIOSO) Ah, los *spaghi...*

FRANCISCO: ¿Los qué?

LEONARDO: Una invención... mía. No tienen nombre aún; los llamo simplemente

“*spago mangiabile”*, pero no sabría como traducirlo al francés... ¿Melzi?

MELZI: ¡“Espigas”! Quizás “espigas que se comen”... (CON

DESESPERACION) ¡“Cordeles”! Cordeles comestibles.

FRANCISCO: Mmm... no; no suena nada bien. Tal vez sea mejor conservar el nombre

en italiano. El caso es que, luego de examinarlos detenidamente –y más aún al percibir su exquisito aroma- nos percatamos de que se trataba de un exótico manjar. Nos dispusimos a comerlos y... ahí nos encontramos con el segundo problema: ¿cómo llevarlos a la boca? Yo supuse que debía tratarse de una especie de acertijo, como a los que tan acostumbrados nos tiene nuestro genio florentino. Así que probamos distintos métodos hasta que dimos con el adecuado.

LEONARDO: El trinchador de tres dientes.

FRANCISCO: ¡Ah...! ¿Para eso era?

LEONARDO: Claro... ¿Para qué si no?

FRANCISCO: Pensamos que servía para rascarse la cabellera, aunque *Maximilien* lo

usó para separarse las garrapatas de la piel, tarea para la cual funcionó asombrosamente bien. Incluso le pareció un adminículo muy adecuado para las largas campañas.

MELZI: (BAJITO) ...una función accesoria no prevista...

LEONARDO: ¡Gracias, Melzi! ¿Por qué no vas a ver cómo se ablandan los garbanzos?!

(MELZI SE ALEJA, OFUSCADO) Verá, majestad, el trinchador de tres dientes es otro de mis inventos, creado exclusivamente para comer los *spaghi*. Se ensartan unos cuantos de ellos entre los dedos del trinche, luego se gira y se tira de él hacia uno; así varias veces a medida que los *spaghi* van enrollándose en la cantidad que se desee.

FRANCISCO: ¡Sorprendente! Lamento no haberme dado cuenta, le hubiéramos

ahorrado mucho trabajo a la servidumbre. Aquello terminó en una pequeña orgía, en fin ...(DELEITADO EN EL RECUERDO) En cualquier caso, los invitados quedaron deslumbrados y no dejaron de felicitarme. ¡Ese plato sí que representa lo más avanzado de nuestro tiempo! Maestro, ¡quiero hacer del *spago mangiabile* el plato oficial de mi corte; luego de toda Francia; por último, de Europa! En cada comida de cada castillo, palacio, residencia, mansión y torre se cantarán mis alabanzas, se me rezarán gracias, se rendirá tributo a mi nombre. ¡Que se quede Carlos Quinto con Nápoles! Sus queridas se llevarán a la boca un trozo de Francisco Primero. La iglesia tiene su hostia; yo tendré mis cordeles. ¡Amén! (A LEONARDO) Necesito ya mismo la lista de ingredientes y el modo de preparación para poner a todas las cocinas de la corte a trabajar. (AL VERLO DUDAR) Enseguida, *Lyenard*.

LEONARDO: ¿Su Majestad quiere... una receta?

FRANCISCO: Por supuesto: el secreto de su invención más genial.

LEONARDO: ¿No los planos para confeccionar una bomba centrífuga? Podría resolver

el problema de las sequías... (NEGATIVA DEL REY) ¿Y el diseño de un cañón que se cargará por la culata? Duplicaría el poder de sus ejércitos (NEGATIVA DEL REY) ¿No le provoca curiosidad, quizás, la invención de un tornillo sinfín para elevar el agua?

FRANCISCO: Brillantes, sin duda, pero lo que necesito ahora...

LEONARDO: ¿Y la transmisión con correas? (NEGATIVA) ¿Una draga para

construir canales?... Sin duda, tiene que conmoverlo mi idea de un vehículo para navegar bajo el agua, como los peces profundos...

FRANCISCO: Hasta las lágrimas. Pero ahora quiero los cordeles, Leonardo. Es un

deseo real.

LEONARDO: ¿Ni siquiera le interesa una máquina para... volar?

FRANCISCO: Maestro..., yo le hablo del futuro y la gloria de mi nombre, de mi casa.

¡Del balance de poder en Europa! Y usted me habla de juguetes...

LEONARDO: ¡El balance de poder en Europa..., qué gran peso para que lo soporten

mis tiernos *spaghi*,...! Pesado, en verdad... (CAMBIANDO DE TONO)

Nada tengo en más que complacer a Su Alteza, pero me temo que, en

este caso, será imposible.

FRANCISCO: (SORPRENDIDO) ¿Imposible?

LEONARDO: Imposible, sí.

FRANCISCO: ¿Cómo es posible que mi voluntad no se cumpla?

LEONARDO: Porque no está en la mía cumplirla, Alteza.

FRANCISCO: (TORVO) Comienzo a pensar que yo estaba equivocado y tenía usted

razón... El aire de este sitio lo está desquiciando.

LEONARDO: Por el contrario. Su Majestad me ha devuelto el sentido.

FRANCISCO: Yo diría que no lo ha reencontrado aún. ¿Qué sentido hay en esta

rebelión? Ilumíneme, maestro, porque estamos a oscuras aquí (MELZI, TORPEMENTE, ACERCA UN FAROL. LEONARDO LO EMPUJA).

LEONARDO: Su Majestad, no soy yo quien se rebela, sino mi creación, que no me

obedece. Y esa rebelión causa, inevitablemente, la mía... más allá de mi voluntad.

FRANCISCO: Parece que no tolera usted que otro mortal ponga las manos en su masa...

¿No habrá caído en la arrogancia de los de su oficio? He oído unas historias sobre el tal Buonarotti...

MELZI HACE GESTOS DE PREVENIR UN DESASTRE.

LEONARDO: No ensucie su boca con ese nombre de perro, Excelencia. Miguel Ángel

no sería capaz de hervir una papa...

FRANCISCO: Pero sin duda me diría cómo hacerlo sin tantos remilgos.

LEONARDO: Créame, Majestad: he intentado antes pasar este secreto, pero en manos

inexpertas sólo ha engendrado contrahechos, monstruos de una fealdad que envilecía a sus poseedores.

FRANCISCO: (SERIO) ¿Me estás diciendo, Leonardo, que te negarás a cumplir

un pedido directo de tu rey?

SILENCIO. MELZI TRATA DE TIRAR DE LAS ROPAS DE LEONARDO DESDE ATRÁS PERO NO ALCANZA.

LEONARDO: Hay cosas en este mundo, Su Alteza, que no se doblegan ante los

poderosos, por más fuerza que se les haga. Seres, objetos, cuya alma es necesario ganar y que no se abren sino ante el hombre inspirado. Como ciertas mujeres, que, aunque entreguen su cuerpo al rey por obligación, reservan su corazón para el paje, el aprendiz... o el bufón.

FRANCISCO LO CONTEMPLA MUY SERIO. LUEGO, SE ECHA A REIR.

FRANCISCO: Ah, ya comprendo, ya comprendo. Otro acertijo del maestro (SE DA

VUELTA COMO PARA IRSE, FASTIDIADO). Lo resolveremos... de un modo u otro. Buenas tardes tengan, señores (HACE MUTIS)

LEONARDO SUSPIRA. COMIENZA A RETIRARSE CON DIFICULTAD.

MELZI: ¿Me deja, maestro?

LEONARDO: Nunca, Melzi. Nunca. (HACE MUTIS)

**ESCENA III**

MELZI HA QUEDADO SOLO. LA COCINERA ENTRA.

MELZI: (MOFÁNDOSE DE SÍ MISMO) “¿Me deja, maestro?” “¿Abro una

ventana, maestro?” “¿Me arrojo por ella, maestro?”

LA COCINERA LO IMITA. SOSPECHANDO, MELZI SE DA VUELTA DE GOLPE, PERO LA COCINERA LUCE IMPASIBLE

MELZI: (A LA COCINERA) Él, él me ha hecho así, él me convirtió en una

broma. Todos estos años, todas las ciudades, todos los palacios, talleres y recámaras, en que he sido su público, su sirviente, su puta, su juguete... He sido paño de sus humores, sus lágrimas, su esperma... Todo descargó en mí, todo me echó encima, menos lo único que había prometido. (LO IMITA) “Melzi, la puntita nada más”. (CAMINA) ¡Ah, si yo fuera Giotto, Brunelleschi...! ¡Si fuera Botticelli, incluso Miguel Ángel! ¡Sí!, aunque me odiara. Ojalá yo pudiera odiarlo. Pero ni siquiera me ha dejado emociones enteras. Soy otra de sus obras sin terminar, un borrador, un artilugio en ciernes. Melzi, la máquina inútil Y ahora ya no hay tiempo. Pronto se irá y me dejará incompleto, como a todo lo demás. (LA COCINERA LO MIRA) El morirá y, por el resto de mis días, seré todavía su sirviente, el guardián de su legado... Cargaré con su memoria. Así me recordará el futuro: como el caballo de una estatua, el bastón, el perro fiel. ¡Para qué me torturo! ¿Qué sé yo de las generaciones por venir? No son más que sombras: se agitarán cuando yo sea polvo del polvo.

**Acto II**

SE ILUMINA EL RINCON DE LA COCINERA.

COCINERA: Ha pasado la hora tercia. El mediodía está sobre nosotros. Los humores

del cuerpo bullen, se agitan las pasiones... En una palabra, se nos hace agua la boca. Es el momento de poner al fuego una presa mayor (SACA UN ANIMAL DE ABAJO DE LA MESA Y LO METE EN UNA OLLA. REVUELVE). Pronto, el calor transformará esta masa de músculos nerviosos, tejidos grasos, pelos, fluidos, uñas y huesos, en una delicia irresistible. Cuando las vituallas sean servidas con la suntuosidad de un banquete, será imposible aguardar educadamente a que todos ocupen el lugar que les ha sido destinado. Pero, antes de arrojarse sobre este manjar, ¡atención! No hay que entregarse a una voracidad traidora: puede resultar indigesto si no se espera hasta el momento apropiado. ¡Algo más se cocina siempre en la mesa! (SUSURRA) Vigilen su plato. Recuerden el refrán: “A veces, no es lo que parece;/ a veces, no está bien cocido/ (SONRIE MALICIOSAMENTE) A veces, sigue vivo”.

SE APAGA LA LUZ.

**ESCENA IV**

LA LUZ SE ENCIENDE SOBRE EL TALLER. MELZI PINTA EL RETRATO DE LA AMANTE DEL REY. LEONARDO, MALHUMORADO, ESTA BATIENDO.

LEONARDO: ¡Maldita sea! ¡Otra vez lo mismo! ¡Se corta! Necesito un medio

más veloz para batir la mezcla. Creo que podría adaptar de alguna manera mi tornillo sinfín para agitar unas paletas que aceleraran el proceso, pero no sé cómo, ni cuándo... (SE DESESPERA) No tengo más tiempo... no tengo paz... (ESTALLA) ¡Ese...! ¡Cómo me trata de esa manera! ¡A mí! ¡Un imberbe, más joven que...! (MIRA A MELZI Y SE DETIENE)

MELZI: Pero él es el rey de Francia. Nos paga para que trabajemos para él... (CON INSOLENCIA), cosa que yo sí estoy haciendo.

LEONARDO: ¡No me paga para que sea su bufón! ¡*Ribaldo*! ¡*Gaglioffo*! ¡*Manigoldo*!

¡*Figlio malnato de una druda*! ¡*E vaffanculo*!

MELZI: A un rey no se le niega nada.

LEONARDO: Pedirle a un artista los secretos de sus creaciones es el insulto más

grande que se puede proferir. Él es rey por casualidad... Yo he trabajado durante sesenta y seis años para no tener que mendigar mi libertad. ¡Mi libertad! Mi libertad está aquí (SE TOCA LA CABEZA)... y él... ¡pretende una receta! ¡Un listado de ingredientes!

MELZI: ¿Por qué no se los entrega y ya? Es harina y agua, al fin y al cabo.

LEONARDO:¿Qué estás diciendo, Melzi?! ¿Cuánto tiempo hemos estudiado,

discurrido acerca de los misterios que encierra la naturaleza? Hay sumas cuyo resultado no se puede deducir ni interpretar, aún conociendo los factores; es como...

MELZI: (ABURRIDO)Como el pan de las panaderas de Vinci; sí, lo ha mencionado muchas veces. Pero quienes no tienen el don de confeccionar ese pan... ¿deben morir de hambre? ¿O no lo merecen?

LEONARDO: (CAPTANDO LA IRRITACION DE MELZI) La humanidad nunca va a

saciar su hambre. Y mejor que así sea.

MELZI: ¿Cómo puede decir eso? ¿Acaso no debemos saciar el hambre de los

desposeídos?

LEONARDO: No se trata de saciarse..., de lo que se trata es de soñar, de desafiar, de

cambiar; no de llenarse o conformarse. Hay que quedar con hambre. El arte no apacigua, sino que sacude los sentidos; no importa si está hecho de mármol, de aceite o de harina.... Lo único que se necesita es tener hambre.

MELZI: ¿Y por qué no calmar el hambre, teniendo las herramientas para hacerlo? Si yo encontrara a alguien suplicando por una hogaza de pan y pudiera complacerlo, no sería tan cruel de negarme.

LEONARDO: Y harías muy mal, porque el hambre es el estado natural del ser humano.

Nacemos aullando, reclamando aire, comida, protección. A lo largo de nuestra vida aprendemos a postergar, a esperar, a tratar de que esa necesidad nos impulse... Dale a un hombre todo tu pan y tendrás a un inútil, un glotón con el estómago lleno, incapaz de pensar en otra cosa que no sea comer más pan. Dale un bocado selecto, sutil,pero escaso, y tendrás a un hombre pensando en qué le ha ocurrido, qué ha sido eso que ha incitado sus sentidos, alerta, expectante, lanzado a la búsqueda y la conquista... Un hombre en movimiento tratando de conseguir más.

MELZI: ¡La humanidad avanza a medida que satisface sus necesidades!

LEONARDO: Pero el hombre es insaciable. Francisco tiene todo: banquetes, mujeres,

poder... Francia... ¿y qué quiere? ¡Más mujeres, más poder... Italia... el mundo! A ver: ¿Cuál es, a tu entender, la razón por la que Francisco desea el cuadro de su amante?

MELZI: Usted mismo lo ha dicho: el impulso de los poderosos es poseerlo todo.

LEONARDO: Pero ¿qué pretende poseer Francisco? ¿El cuadro?

MELZI: Sí, claro... La obra de arte.

LEONARDO: Entonces, ¿por qué no pintar el cuadro de un caballo y regalárselo? El

modelo sería apenas más peludo que la desdentada amante de nuestro monarca y un brioso corcel tiene un diseño más equilibrado y armonioso.

MELZI: Pero su alma...

LEONARDO: A él no le importa en lo más mínimo el alma de *mademoiselle*. En lo

único que fija su atención es en su cuerpo; concretamente, en la parte baja...

MELZI: ¡Esos glúteos...!

LEONARDO: ¡Entonces pintemos el culo de la señora, pongámosle un hermoso marco

y llamémoslo “*Il buco dove si diletta Francesco Primo”*!Firmado por el maestro florentino Leonardo Da Vinci. Tendremos una pieza maestra, promovida e inspirada por el buen gusto de la nobleza francesa. ¿No te parece eso una gran obra de arte?

MELZI: Tal vez no, pero es un excelente título para una pintura.

LEONARDO: ¿Qué importa la pintura? ¿Te parece que esto (SACA DE UN

RINCÓN EL CUADRO DE LA GIOCONDA) tiene el poder para conmover el espíritu de alguien?

MELZI: Se lo han querido comprar decenas de personas.

LEONARDO: ¿Sí? ¿Y cuántos lo han visto en realidad? ¿Cuántos lo quieren porque les

han dicho que es una obra de arte? ¿Te parece que a alguien le interesa en lo más mínimo quién cuernos era la señora del Giocondo y por qué sonreía? No, Melzi. Si soy recordado por las generaciones futuras, no creo que sea por este cuadro.

MELZI: Tampoco por su generosidad...

LEONARDO: Jamás te he negado nada. Te conozco desde que tenías

quince años. Todavía recuerdo el día en que tu padre te entregó... para que te convirtiera en un gran artista. ¿He faltado, acaso, a mi promesa?

MELZI: Depende de cómo se vea...

LEONARDO: ¿Y qué hay de las lecciones? ¿Y la posibilidad de participar en mi obra? Nobles y monarcas pagarían cualquier cifra por el privilegio de asistir al espectáculo de mi mente en acción...

MELZI: Yo también he pagado por estar a su lado, con mi obediencia, mi

trabajo... mi devoción.

LEONARDO: Y has sido recompensado en abundancia. Te he pasado conocimientos

que llevaría varias vidas reunir.

MELZI: ¿Y qué puedo hacer con ellos? Yo quiero ser un gran pintor.

LEONARDO: (COMO SI NO LO OYERA) Te tocará nada menos que el honor, la

gloria de transmitirlos a las generaciones que vendrán... Mis obras perdurarán; y la inmortalidad de mi nombre garantiza la del tuyo.

MELZI: ¿Y *mis* obras? ¿Quién custodiará mi memoria si no tengo ninguna que

dejar? ¿Acaso soy sólo un espectador, un copista? ¿Un albacea? Usted mismo ha dicho que el discípulo que no supera al maestro no merece tal nombre.

LEONARDO: No es algo que corresponda al maestro conceder...

MELZI: Si uno posee el secreto para hacer obras de arte perfectas, una técnica oun artilugio capaz de producirlas por sí mismo, independientemente del talento, ¿no debe entregarlo?

LEONARDO: ¡No! ¡Jamás! Se me ocurre un buen nombre para el momento en que se

descubra tal secreto: el Apocalipsis. ¿Qué devuelven los hombres al mundo cuando obtienen conocimientos, misterio, belleza?

MELZI: ¿Bellas obras?

LEONARDO:Un pobre campesino ingiere durante su vida montañas enteras de

polenta... de maravilloso trigo dorado al sol, trabajado por las manos incansables de las molineras... la come, se la traga, toda la vida; y a lo largo de todo ese tiempo ¿qué va dejando a cambio? ¡Mierda! Dale a los inservibles nobles de Francia, Nápoles, Milán los más exquisitos bocados, preparados gracias a años de experimentación, de selección de los ingredientes, de pruebas y errores, de fracasos y éxitos... lo devorarán con la misma inconciencia que el campesino y dejarán a cambio exactamente lo mismo: ¡Mierda y más mierda! ¡La mierda del noble no vale más que la mierda del pobre! ¡Dales una máquina que les permita volar, y en vez de disfrutar del vuelo, encontrarán la manera de digerirla y convertirla en algo desde donde poder dejar caer más mierda sobre el mundo!

**ESCENA V**

ENTRA EL REY, QUE ALCANZA A ESCUCHAR LAS ULTIMAS FRASES. A LEONARDO SE LE PARALIZA EL BRAZO IZQUIERDO, EVIDENTEMENTE A PROPÓSITO. MELZI TAPA EL CUADRO CON UN LIENZO.

FRANCISCO: Interrumpo, tal vez, un docto debate.

LEONARDO: Su Majestad, bienvenido... (REVERENCIA) Su Majestad no interrumpe

nada... Su encargo está listo (MELZI LO MIRA CON ODIO).

FRANCISCO: ¿Mi encargo? ¿Me lo dará usted?

LEONARDO: Por supuesto (DESTAPA EL LIENZO) Juzgue con sus propios ojos

FRANCISCO: (DESILUSIONADO) Ah, qué bien, qué bien (EXAMINA EL

CUADRO). Mmm... Hay algo en este retrato de *Babou* que me llama la atención, pero no estoy seguro de qué (MELZI MIRA INQUIETO). ¿No está un poco oscuro?

LEONARDO: ¿Oscuro?... Mmm...La luz aquí no es muy buena... Habría que verlo

con otra perspectiva...

FRANCISCO: ...hay algo sobresaliente en los rasgos...

MELZI: (PROVOCADOR) ¿La nariz?

LEONARDO: La nariz... y el resto de los rasgos faciales han sido tratados con la

técnica del “sfumato”. Esta técnica permite, estee..., suavizar los rasgos, para dar al retrato un aire misterioso e impreciso.

FRANCISCO: ¿En verdad? Puede ser; nunca había visto en mademoiselle Babou

semejante expresión (MEDITA). Decididamente, no es lo que esperaba, para adornar mi Sala de Audiencias (LEONARDO Y MELZI SE MIRAN). Pero confío en su criterio, maestro.

MELZI: Tal vez pueda retocarlo…; requeriría, claro, que la modelo volviera a posar...

LEONARDO: Tal vez, Melzi, puedas confiar, como Su Majestad, en mi criterio...

MELZI: Con tiempo... y la ayuda de mi maestro...

FRANCISCO: Justamente. Yo esperaba una obra del maestro y me encuentro con una

del discípulo (VUELVE A EXAMINAR EL CUADRO) Pero si el genial Leonardo está dispuesto a firmarlo como propio...

LEONARDO SE PONE A COCINAR.

LEONARDO: Cuando yo era joven –tendría unos veinte años- uno de los colonos del

campo de mi padre le llevó una rodela de madera que había cortado del tronco de una gran higuera. Quería –vaya a saber por qué- hacerse un gran escudo y que se lo decorara algún pintor florentino. Cuando supe del asunto, le pedí a mi padre que me dejara encargarme de la pintura.

FRANCISCO: Campesino con escudo de armas... ¡Vaya pretensión!

LEONARDO: No tenía la menor idea de lo que quería; así que empecé a pensar en

cómo pintarlo. Ahora bien, ¿cuál es el objeto de un escudo de armas?

MELZI: ¿Honrar a los ancestros?

FRANCISCO: Impresionar a los diplomáticos extranjeros.

LEONARDO: Aterrar al enemigo. Empecé a trabajar en él; la rodela estaba mal cortada,

toda torcida, por lo que primero la enderecé al fuego, luego la mandé a tornear y por último la cubrí con un barniz fabricado especialmente –le dediqué mucho tiempo. Luego empecé a pensar en el dibujo. ¿Qué imagen podría dejar paralizado de terror a quien lo viera? Escogí figuras de lagartos, de insectos, de langostas y murciélagos, los despedacé y junte luego las partes de unos y otros, buscando el monstruo perfecto. Al fin, logré componer a una bestia horripilante y feroz que parecía asomar a través de una grieta tenebrosa, escupiendo fuego de las fauces abiertas y resoplando un vapor envenenado. Entorné los ventanales del estudio y lo dejé agazapado en las sombras.

FRANCISCO: Una verdadera *mise en scene...*

MELZI: Un golpe de efecto...

LEONARDO: Entonces, llamé a mi padre. Cuando abrió la puerta y vio la imagen,

sufrió una terrible conmoción; creyó estar en presencia de una criatura infernal. Cayó de espaldas, bañado en sudor. Lo tomé entre mis brazos y le dije: (SENTENCIOSO) “Precisamente para eso sirve este objeto; tómelo y lléveselo. Eso es lo que se espera de una obra de arte”. (TODOS MEDITAN UN MOMENTO)

FRANCISCO: ¡Una lección de arte...! ¡Del hijo... al padre!

MELZI: (ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS MIENTRAS PINTA) Psé...

FRANCISCO: ¡No puedo imaginar la cara del campesino al darse cuenta de que era

poseedor de semejante obra! ¡Quisiera haber visto el impacto que causó en él!

LEONARDO: Sí... Yo también.

FRANCISCO: ¿Su padre nunca le contó cómo fue recibido el escudo?

LEONARDO: No. Se fue al mercado y compró un escudo ordinario, adornado con un

corazón atravesado por una flecha, y se lo dio al campesino, que quedó extasiado y eternamente agradecido.

FRANCISCO: ¡Guardó el escudo, como prueba del talento de su hijo!

LEONARDO: No; lo vendió por unas monedas a unos feriantes de paso... y se compró

una mula nueva. Perdón, pero debo asegurarme de que dejé *cierta cosa* a

buen recaudo. Con su permiso, Majestad. (HACE MUTIS)

**ESCENA VI**

MELZI Y FRANCISCO QUEDAN SOLOS.

MELZI MIRA SU PINCEL Y LO DEJA CON FASTIDIO.

FRANCISCO: Creo entrever una lección en esa anécdota..... Últimamente, el maestro

es muy afecto a mostrar y ocultar, a las adivinanzas y las escondidas... (PAUSA) ¿Se encuentra usted bien? Lo noto decaído.

MELZI: ¿Caído?

FRANCISCO: Desdichado, quizás.

MELZI: Desdichado...

FRANCISCO: ¿Es desdichado, Melzi?

MELZI: Yo...

FRANCISCO: ¿No se siente satisfecho con su obra?

MELZI: El maestro Leonardo dice que la insatisfacción es la condición propia del artista.

FRANCISCO: Desdichado oficio, entonces. ¿No ha imaginado alguna vez hacer otra

cosa? ¿Ser... otra persona, con.... otro destino?

MELZI: El maestro Leonardo dice que los verdaderos artistas no eligen, sino que son elegidos.

FRANCISCO: Suena como una condena, ¿No ha pensado en... liberarse?

MELZI: (DÉBIL) El maestro Leonardo dice que la libertad...

FRANCISCO: ¡Vamos, Melzi! “El maestro Leonardo dice...”, “El maestro Leonardo

dice...” Parece que no tuviera voluntad propia, que fuera un mero reflejo, un eco. Los ecos no sienten, no desean, no imaginan. Y usted me da otra impresión.

MELZI: ¿Su Majestad...?

FRANCISCO: Yo lo veo lleno de vida, de imaginación, deseos... ¿Me equivoco?

MELZI: Su Majestad, yo... no podría decir...

FRANCISCO: El Rey no se equivoca, Melzi; jamás. (TOMA EL RETRATO DE

BABOU Y AVANZA CON EL HACIA MELZI) ¿Qué ve aquí?

MELZI: (TITUBEANTE) ¿U-na ... pin-tura?

FRANCISCO: *En* la pintura. ¿Qué ve en ella?

MELZI: ¿A mademoiselle Babou?

FRANCISCO: Para retratarla así, debió contemplarla durante horas... días (MELZI

ASIENTE). Recorrió cada línea de su rostro, cada curva de su cuerpo; sopesó sus volúmenes, entreabrió sus formas... *Penetró en ellas...* ¿Verdad? (FRANCISCO COMIENZA A RONDARLO)

MELZI: (ALGO EXCITADO) Sí... sí.

FRANCISCO: (AVANZA Y OFRECE EL CUADRO A MELZI) Al ver esas

proporciones carnales, esos colores que brotan de una sangre caliente... ¿Quería hacerlos suyos? ¿Quería poseer, Melzi?

MELZI: (TOMANDO LA PINTURA, QUE FRANCISCO NO SUELTA) Sí, sí.

FRANCISCO: (GIRAN, AFERRADOS A LA PINTURA) Crear la amante perfecta; la

amante inmortal. Tenerla entre sus brazos, tomarla de la cintura, hacerla bailar...

BAILAN. FRANCISCO TARAREA Y GUIA A MELZI. DE PRONTO, SE DETIENE

FRANCISCO: Pero no es posible (ARRANCA EL CUADRO DE LAS MANOS DE

MELZI). Usted “ha sido elegido”; no puede elegir lo que desea. Lo que sería tan fácil de obtener para otro resulta tan lejano para Melzi... el artista. (ACARICIA EL CUADRO) Una lástima (LO DEJA).

MELZI: ¿Un artista...? Leonardo nunca lo dijo. ¿Basta con echar pintura

sobre una tela? ¿Y si se da vida a un oscuro adefesio? Si no puedo ser un genio, prefiero ser feliz. ¿Para qué he seguido esta vida de servidumbre? ¿Para celebrar al genio, sin alcanzarlo jamás? (SE VUELVE HACIA EL REY) ¿Para qué el sacerdocio de un Dios esquivo? ¿Para qué una fe no correspondida?

FRANCISCO: Yo, en cambio, soy la gratitud en persona: no dejoplegaria sin

responder... para bien o para mal. Yo reparto las riquezas y las miserias; yo reino sobre las tierras y sobre los cuerpos. ¿Para qué sufrir la incertidumbre de una recompensa póstuma si yo puedo concederle en este mismo instante otra, contante y sonante*,* caliente, viva, que puede palpar, oler, saborear hasta hartarse?(SE ACERCA A MELZI, HASTA CASI TOCARLO). Si se entrega a mí, por Dios que será correspondido.

MELZI: (ENTREGADO) ¿Qué desea de mí?

FRANCISCO: Déjese usar. Sea mi instrumento; y a cambio podrá tener... ¿Qué

quiere? (MELZI MIRA EL RETRATO DE BABOU) ¿Quiere que su retrato se convierta en el cuadro más cotizado de Europa? Puedo hacerlo. Invadiré Florencia y ordenaré que se olvide a Leonardo y se proclame a Francesco Melzi como el genio más grande... Sólo cumpla mi voluntad.

MELZI: ¿Y cuál es su voluntad?

FRANCISCO: Consígame el secreto de los *spaghi*; encuentre lo que su maestro me

oculta y lo colmaré de gloria y fortuna de tal modoque se preguntará, no ya si es desdichado, sino si es capaz de soportar tanta dicha.

MELZI: (APARTÁNDOSE, IMPACTADO) ¿Traicionar a Leonardo?

FRANCISCO: Servir a su Rey... y a usted mismo**...** ¡Salte fuera de su destino, Melzi!

¡Sea libre!

MELZI: Pero yo...No era por mí que.... usted pensó que yo sería capaz... Yo

mismo... ¡ Perdón, perdón...! (SALE CORRIENDO)

SE APAGA LA LUZ DEL TALLER.

# Acto III

SE ENCIENDE LA LUZ SOBRE LA COCINERA, QUE LLEVA PUESTO EL GORRO DE “RETRATO DE UN MUSICO” Y UN INSTRUMENTO DE EPOCA.

COCINERA: En las lánguidas horas de la tarde, surge, más que el hambre, la ansiedad.

Queremos algo, lo que sea, y lo queremos ya, aunque no sepamos

claramente qué o por qué. Algo con que engañarse... hasta la cena. Esa humana necesidad de ilusión ha generado una farsa de comida que conocemos como merienda. La componen pequeños bocados que pueden extenderse desde el exacto momento en que hemos concluido el almuerzo hasta el crepúsculo, o concentrarse en una ocasión única, ideal, por sus características, para visitar o recibir sin grandes gastos o dispendio de esfuerzos. (TOCA UN ACORDE) ¿De dónde proviene esta ansiedad? (TOCA OTRA VEZ) ¿Qué nos falta, realmente?

**ESCENA VII**

LEONARDO COCINA. MELZI BARRE; SE EVITAN OSTENSIBLEMENTE. EL RETRATO DE BABOU PERMANECE EN SU CABALLETE, CUBIERTO POR UNA TELA.

LEONARDO. (CANTANDO MIENTRAS COCINA)

MELZI, QUE SE HA DETENIDO A ESCUCHAR, VUELVE A BARRER, CON APARENTE INDIFERENCIA.

LEONARDO: Al joven viajero que llega a Florencia,

Se dice que pase y visite sus huertos;

Su fama y belleza, sus surcos abiertos

Que entregan su fruto con gran complacencia

El de Miguel Ángel, estrecho y siniestro

Tan lleno de espinas, malezas y cardos

El de Boticelli, redondo y muy fresco

Y uno de Giotto que luce muy pardo

Mas toda Florencia dirá, muy feliz...

MELZI: (LE “GANA” EL REMATE, CANTANDO)

“...que el huerto más viejo es el de Leonardo”.

LEONARDO: (CONTRA-REMATA)

...y el más visitado es el de… su aprendiz.

MELZI SE ECHA A REIR. LUEGO, RÍEN AMBOS.

LEONARDO: ¿Aún te queda algún afecto por tu viejo maestro?

MELZI: ¿Algún afecto?

LEONARDO: Bueno... aprecio.

MELZI: ¿Aprecio? (FINGIENDO) Insúlteme; me lo merezco. Cárgueme con las peores servidumbres; obedeceré. Renunciaré al arte, me convertiré en su cocinera(LA COCINERA HACE UN GESTO DE PROTESTA)... en el siervo de su cocinera (LA COCINERA HACE UN GESTO DE “AH, ESTÁ BIEN” Y HACE MUTIS). Aún humillado, lo seguiré venerando.

LEONARDO: (CON “HUMILDAD”) Entonces, ¿tengo tu perdón?

MELZI: (HINCANDOSE DRAMÁTICAMENTE) Soy yo quien mendiga el suyo;

soy yo quien está de rodillas*,* pidiendo misericordia. Dígame que soy indigno de permanecer a su lado. Me iré para siempre. Ya no lo molestará ni la sombra de mi sombra*.* No le impondré más la pesadumbre insoportable de mi presencia (DA UN PASO PARA IRSE) Adiós.

LEONARDO: (HACE UN GESTO PARA CONTENERLO) Vamos, Melzi... No es

para tanto**...** ¿Qué sería de mí si te vas? Dejemos la mascarada, que estoy

cansado. Es bien sabido que los artistas somos gente susceptible, pero también podemos entendernos uno al otro como nadie nos entiende.

MELZI: Evidentemente, no es mi caso**,** maestro. La brillantez de su genio escapa

a mi pobre comprensión.

LEONARDO: Mi buen Francesco, la culpa es mía.¿Cómo iba nadie a comprenderme?

Soy zurdo, vegetariano y sodomita. Si no fuera un genio, estaría en la cárcel o hubiera ardido en la hoguera**...**

MELZI: ¿No hubiera sido más fácil cambiar de... dieta?

LEONARDO: ¡Jamás! En todos estos años, no he degustado otra carne que la de varón:

el animal joven, al que se debe succionar hasta el último jugo de vida. Carne firme y tierna; carne caliente, peluda.

MELZI: (IRONICO) Y nunca se ha privado de ella, según recuerdo.

LEONARDO: ¿Por qué privarme de tus encantos?

MELZI: No hablaba de mí.

LEONARDO: (FINGIENDO INOCENCIA) ¿De quién, entonces?

MELZI: De otros...

LEONARDO: ¿Otros? ¿Quiénes, por ejemplo?

MELZI: Salai, por ejemplo.

LEONARDO: (NOSTÁLGICO) ¡Ah..., Giácomo!

MELZI: (FASTIDIADO) ¿Por qué insiste en llamarlo con ese nombre cristiano?

LEONARDO: Cuando me lo trajeron, no había cumplido once años. Los bucles,

perfectos, la piel suave, los dedos finos. Era como si un ángel se hubiera encarnado...

MELZI. ¿Un ángel? Entonces le decía ladrón, mentiroso, glotón...

LEONARDO: Era travieso como un duendecito.

MELZI: Rompía copas, desvalijaba a los escuderos, revendía las pertenencias de

sus compañeros...

LEONARDO: ...posaba desnudo...

MELZI: ...falsificaba sus obras. Se hizo espía,intrigante, prostituto...

LEONARDO: Bueno, nadie es perfecto...

MELZI: Desearía que tuviera la misma indulgencia conmigo.

LEONARDO. ¡Por favor, Melzi! En nada podría compararlos. Es completamente

diferente.

MELZI: ¿Será acaso porque usted lo amó más que... a nadie? ¿Antes que a nadie?

¿Es por eso que usted lo sigue recibiendo con lágrimas en los ojos, como al hijo pródigo?

LEONARDO:Giácomo fue como un hijo para mí, es verdad, pero nunca, nunca un

auténtico discípulo. Jamás soñaría con confiarle mi arte; ese privilegio te pertenece exclusivamente.

MELZI: Ah, es eso. Para él, el padre comprensivo; para mí, el maestro severo;

para él, amor y tolerancia; para mí, críticas y reprimendas.

LEONARDO: (HERIDO) ¿Así lo ves? ¿Nada más que molestias te di?

MELZI: No es lo que recibí, sino lo que *no* recibí.

LEONARDO: (CANSADO) Bueno, Melzi, algún día...

MELZI: ¿Cuándo? ¿Qué día? Cada noche, antes de dormir, me pregunto si no es

Salai el afortunado. Intrigar, batallar en el mundo, hundirse hasta los codos en peligros y placeres... Mis padres deseaban que me manchara las manos con la sangre de mis enemigos, en campos de guerra, pero yo sólo me he salpicado de pintura. Me rebelé. Desde entonces no he hecho otra cosa que obedecer y esperar... inútilmente. Usted me ha dado mucho, pero todavía se resiste a entregarme lo más importante, aún se reserva el secreto de su genio.

LEONARDO: No hay nada más que enseñar. Ninguna técnica que no te haya explicado,

ningún conocimiento que te haya negado.

MELZI: ¡Hay algo más! ¡Lo veo, lo siento... no lo niegue!

LEONARDO: Mi dulce muchacho... (INTENTA TOCARLO. MELZI SE REVUELVE,

MOLESTO) No es algo que pueda enseñarte. (ILUMINADO) Aunque, tal vez..., pueda mostrártelo.

MELZI: Por favor, maestro. (SE ARRODILLA) Muéstremelo. No me lo niegue.

LEONARDO: (ACARICIANDOLE LOS CABELLOS) Querido mío... ¿Cómo podría

negarte cosa alguna, si me has dado tanto? (SUSPIRA) Un amor que no creí que tendría... Hace años, en una celda, convencido de que me quemarían vivo por unos instantes de pasión que otros habían pagado y obtenido como yo, me pregunté si todo esto valía la pena; si no debía convertirme en monje o asceta, renunciar a los placeres... Dante decía que los sodomitas acabaríamos encadenados, marchando en un círculo infinito de un desierto ardiente. Pero me dije: ¿No es así la vida de la mayor parte de los hombres, aún de los felizmente casados? ¿Una marcha ciega, sin sentido ni frutos? Me absolvieron, pero ya estaba convencido de que no renunciaría a nada. Poseí cuerpos exquisitos en los lienzos de los cuadros y de las camas, me empalagué con su dulzor, me sacié en ellos. Pero jamás encontré verdadero amor, la entrega, el mutuo, ritual, sacrificio del amor. Nunca lo tuve... hasta conocerte. (LE RECORRE LA CARA CON UN PINCEL) Me diste el amor, Francesco. ¿Qué importa todo el conocimiento del mundo? ¿Qué importa el arte? (LO BESA. LUEGO, JUGUETON) Aunque siempre he sabido que hubieras preferido, como tantos, el abrazo insípido de una mujer.

MELZI: Yo jamás lo traicioné. Ni lo traicionaría.

LEONARDO: Los dos sabemos que cuando muera –y sabemos que no falta mucho-,

te casarás y tendrás hijos, como todos los demás.

MELZI: Pero, maestro, yo lo amo...

LEONARDO: No lo niegues: no me importa. Sólo deseo tu felicidad. (LO ACARICIA)

Te dejaré una herencia invalorable como dote. Para el único joven que me amó desinteresadamente, que nunca pretendió más que lo que compartimos.

MELZI: ¿Una dote?

LEONARDO: Te legaré mis creaciones y escritos, mis herramientas y utensilios de

pintura. La esencia de cuanto he sido y logrado como artista quedará en tu poder.

MELZI: Pero yo no quiero... Lo que yo quiero es...

LEONARDO: Y te mostraré el secreto de mi arte. De todo arte.

MELZI: (IMPACIENTE) ¿Cuándo?

LEONARDO: Cuando muera, te dejaré una caja negra que llevo conmigo desde

siempre, una caja que nadie ha visto. En ella, está contenido el secreto que tantote perturba.

MELZI: ¿Cuando... muera?

LEONARDO: Cuando veas su interior, comprenderás.

MELZI: (APARTANDOSE) ¿En el testamento? ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no

me la entrega usted mismo?

LEONARDO: Pero, Melzi..., yo...

MELZI: Yo le he entregado todo y usted es incapaz de entregarme lo único que le

he pedido. ¿Eso es el amor? ¿El sacrificio ritual del discípulo?

LEONARDO: Pero si acabo de decirte cuánto te valoro...

MELZI: Como amante; no como artista. ¡Jamás ha tomado en serio mi obra!.

Jamás ha elogiado una de mis pinturas. Jamás las ha respaldado ante los mecenas.

LEONARDO: (INCOMODO) ¿Cómo juzgar? Todos los artistas somos diferentes. Unos

pintamos quimeras, otros corazones atravesados por flechas...

MELZI: Sólo me ha querido a su lado para complacerse. ¿Para qué tuve que

permanecer desnudo, con los brazos y las piernas abiertas durante una tarde, mientras usted medía mis proporciones?

LEONARDO: Bueno, era una investigación científica... Prestaste un gran servicio...

MELZI: (FURIOSO) ¿Un servicio? Eso es lo que quiere de mí, ¿no? ¿Mis

servicios? Entonces págueme.

LEONARDO: (SIN COMPRENDER) ¿No es suficiente con la renta real?

MELZI: Págueme usted mismo: por *sus* caprichos. Como le pagaría a Salai. Deje

de jugar al amor. ¿Qué quiere que haga? ¿Quiere que me desnude para usted? Págueme lo que pido y haré lo que quiera. Puede mirarme a los ojos y decirme “Giácomo”, si lo desea.

LEONARDO: No, yo no...

MELZI: ¡Pague!

LEONARDO: (GOLPEADO) No, Francesco. No como todos...

MELZI: Como cualquiera que sirve las fantasías de un fauno decadente. Como

cualquiera que tenga que soportar su carne rancia y su olor a viejo.

LEONARDO: Está bien. Que te trate como a todos, ¿eh? De acuerdo. Yo soy el maestro

Leonardo da Vinci. Vas a hacer lo que diga o pediré al rey que te encarcele, que ordene a los guardias que te apaleen y te echen a patadas en el foso del castillo. Vas a suplicar que te permita lamer mis botas, Vas a pedir por favor que te permita ser mi perro.

MELZI: (CON FALSA DOCILIDAD) Sí, señor. Como usted diga, señor; por

supuesto. Haré lo que me ordene..., *señor*.

LEONARDO VA A DECIR ALGO MAS, PERO MELZI SE PONE A BARRER DANDOLE LA ESPALDA. LEONARDO SIENTE UN SUBITO DOLOR EN EL PECHO Y SE LE INMOVILIZA EL BRAZO IZQUIERDO. SE RETIRA CON DIFICULTAD SIN QUE MELZI SE PERCATE.

**ESCENA VIII**

CUANDO AL FIN COMPRENDE QUE HA QUEDADO SOLO, MELZI TOMA LA ESCOBA POR EL MANGO Y LA EMPUÑA PARA DESTROZAR EL CUADRO DE BABOU, CUANDO LA BALANCEA HACIA ATRÁS, ENTRA EL REY. CON UNA CONTORSION RIDICULA, MELZI FINGE USAR LA ESCOBA DE PLUMERO

FRANCISCO: (SARCÁSTICO) Ah, los artistas limpian su propia mugre...

MELZI: (REVERENCIA) Su Majestad. (SIGUE LIMPIANDO) Los artistas

deben estar dispuestos a todo.

FRANCISCO: Creí que usted no lo estaba.

MELZI: Yo sólo soy un humilde aprendiz. (RESENTIDO) Algo que para algunos

vale menos que un criado.

FRANCISCO: ¿Y para usted, Melzi? ¿Cuánto vale?

MELZI: Yo deseo una sola cosa... que, según se mire, vale muy poco o

demasiado.

FRANCISCO: ¿Será, acaso, algo que esté al alcance de un rey conceder?

MELZI: Siempre que uno tenga un rey al alcance. (ASTUTO) Yo

creería que sí, su Majestad.

FRANCISCO: ¿Y qué es?

MELZI: Bien mirado, mi deseo no es más que cumplir sus deseos, Alteza.

FRANCISCO: (IMPACIENTE) ¡Por Dios, Melzi! ¡Basta de acertijos!

MELZI: Hoy he tenido una conversación muy reveladora con mi maestro. De

pronto he visto claro allí donde antes sólo había ilusiones, falsas esperanzas, confusión... Mi maestro me develó aquello que ocultaba con palabras y promesas.

FRANCISCO: Sí, sí..., ¿y entonces?

MELZI: Pues bien, he venido a saber que el secreto de su creación está contenido

en cierta caja.

FRANCISCO: ¡Una caja!

MELZI: Negra.

FRANCISCO: Por supuesto, para ocultarla mejor. Y adentro sin duda, el

artificio, la máquina, como él las llama, para fabricar los *spaghi.*

MELZI: La clave para acceder al genio.

FRANCISCO: ¡Lo sabía!¡Quiero esa caja, Melzi! Dígame dónde está; le daré lo que

quiera.

MELZI: No es tan simple, su Alteza.

FRANCISCO: ¿Vamos a empezar con las adivinanzas otra vez?

MELZI: No, rey mío, pero hay tres obstáculos por vencer.

FRANCISCO: ¡Cómo odio a los artistas...!

MELZI: Primero: es necesario encontrar la caja, que Leonardo mantiene oculta,

aún de mí.

FRANCISCO: ¡Ah, entonces tampoco usted sabe...!

MELZI: No, Excelencia*,* pero ¿no removerían sus soldados los cimientos de

Europa por usted? Estoy seguro de que podrán remover el polvo de este castillo hasta encontrar el secreto de Leonardo, ahora que sabemos de qué se trata.

FRANCISCO: Claro, claro; ¿y cuáles son los otros dos obstáculos?

MELZI: El segundo es muy específico y al mismo tiempo muy sencillo de

resolver. Según ha dicho Leonardo, una vez abierta la caja, hay una sola persona, aparte de él mismo, en condiciones de comprender su contenido.

FRANCISCO: Y esa persona, por supuesto, es...

MELZI: No otro que su servidor. Por eso, como dije, este será el obstáculo más

sencillo de superar. Basta con que sea yo la persona que abra la caja: nadie más debe hacerlo antes o después; nadie debe hacerlo en mi lugar.

FRANCISCO: Se podría convenir, llegado el caso. ¿Y cuál es la tercera dificultad?

MELZI: (CON SIGILO) Debemos mantener la búsqueda tan silenciosa e invisible

como si no la hubiera. Sus hombres deberán moverse como sombras en la noche, flotar como fantasmas*,* deslizarse bajo las puertas...

FRANCISCO: Sí, sí, ya comprendí la idea.

MELZI: Si Leonardo llegara a suponer, imaginar, intuir, adivinar lo que hacemos,

podría destruir la caja y su contenido, y lo perderíamos todo... para siempre.

FRANCISCO: ¿Para siempre?

MELZI ASIENTE EN SILENCIO, MIENTRAS SE LLEVA UN DEDO A LOS LABIOS, ABANDONA EL CUARTO.

**ESCENA IX**

LA COCINERA ENTRA. FRANCISCO CAMINA POR EL TALLER.

FRANCISCO: (A LA COCINERA) Seguro tendrás tus propias adivinanzas, tus

ingredientes secretos (LA COCINERA SONRÍE, FRANCISCO SE VUELVE, FASTIDIADO). No caben en el conjunto de mis tierras todo lo que me ocultan, me escamotean. Se puede quitar a un hombre cuanto posee y todavía se reservará constelaciones completas, intocadas, inalcanzables, en su mente, resulta insoportable. ¿Cómo se tiene aquello que se desconoce? ¿Cómo se conquista un reino que sólo existe en la imaginación? (CAMINA POR EL TALLER, CONTANDO SUS PASOS) Sé cuántos días, cuántos pasos son necesarios para llegar de París a Milán, de Milán a Nápoles. Sé cuántas almas hay en Europa, cuántas riquezas; sé cuántas de ellas poseo y cuántas quiero poseer. Pero, ¿cuánto media entre un pensamiento y otro, entre una y otra idea, de las que cambian al mundo y a la humanidad toda, de las que hacen temblar el trono de Dios? (RONDA A LA COCINERA) Sé cuánto se requiere para doblegar a un hombre. O a una mujer. Sé cuánta es la distancia que separa a dos cuerpos que se buscan. Pero, ¿cuánto separa a un deseo de otro deseo? (SE SEPARA CON UN EMPUJON Y CAMINA DE NUEVO POR EL TALLER) Setenta días navegó Colón hasta encontrar las Indias; tres años le costó a Carlos V erigir un imperio donde ya no hay noche o día porque en él jamás se oculta el sol. Pero, ¿cuánto tiempo es necesario para crear un nuevo mundo? (SE DETIENE) Allí se detienen los poderes, mis poderes; allí se contiene hasta el mismo Dios, que ha desatado el albedrío. Esa libertad, ese torbellino, en Leonardo es genio y en otros quién sabe...¡Ah, Leonardo! ¿Por qué multiplicar los acertijos? ¿Por qué ahondar la incertidumbre? ¡Sueños de Dios, envidia de Dios! ¿No tenemos suficiente? Sólo pido un punto de apoyo, un punto solo, y con una palanca moveré al mundo. Pero en lugar de dármelo, me ofrecés, como tormento, como castigo, como burla, todos tus otros mundos.

**Acto IV**

LA LUZ SE ENCIENDE SOBRE EL LUGAR DE TRABAJO DE LA COCINERA.

COCINERA: Llega, finalmente, la cena, tan esperada... acaso la última comida. Es el

final. El menú, debe, por ello, despojarse de ornamentos y pretensiones, y atenerse a lo esencial. Esta noche, se servirá pan y vino (LOS SACA Y DEPOSITA SOBRE SU MESADA). Con ellos se masticarán alegrías y tristezas, logros y frustraciones del día, y se rogará paz para la noche (REZA). En situación tan desnuda, no se puede tentar al azar o el destino. Nada de pasar la sal en mano; nada de derramar el vino en la mesa. Si por temor a la soledad, se come en compañía, los comensales no pueden, bajo ninguna circunstancia, alcanzar el número trece. Si fuera así, sólo hay dos opciones: o se agrega uno... (SACA UN GRAN CUCHILLO Y LO ENARBOLA, AMENAZANTE) o uno tiene que morir.

SE APAGA LA LUZ.

**ESCENA X**

SE ENCIENDE LA LUZ SOBRE EL TALLER. MELZI REVUELVE LOS RINCONES. ENTRA FRANCISCO POR UN LUGAR INSOLITO.

FRANCISCO: ¡Melzi!

MELZI: (SORPRENDIDO) ¡Majestad! Por un momento pensé que era...

FRANCISCO: Ya, tranquilo (SACUDIÉNDOSE LA ROPA). Quienes construyeron

estos túneles no pensaron en el digno caminar de un rey. Son demasiado estrechos y mal iluminados. Por otra parte, parece que nadie piensa en mi dignidad, últimamente.

MELZI: Excelencia..., no diga eso. Si he sido yo quien...

FRANCISCO: Mis hombres llevan días enteros revisando este castillo de arriba abajo

en busca de esa maldita caja negra y no han encontrado nada. ¡Nada! Hemos removido paredes, ladrillos y mampostería... ¡Hemos violado las sagradas tumbas de nuestros ancestros! Y... ¡nada!

MELZI: Majestad, si Leonardo escondió algo, al mismísimo Dios le sería difícil

hallarlo. Maquina las cosas al revés que los demás. Para todo, hasta para los actos más sencillos, inventa procedimientos y artilugios de lo más intrincados. Si le mostrara las cosas que ha hecho en el baño.... Es necesario descifrar primero su lógica peculiarísima, descubrir la intención oculta que le dio origen. Y hay que adivinarlo, porque no deja más rastros que unas pocas frases, algunas abreviaturas. Sus escritos son fragmentos... Como si todo el tiempo escondiera algo.

FRANCISCO: ¿Un código secreto?

MELZI: Así lo pensé, y en eso he estado trabajando (SACA PERGAMINOS

ENROLLADOS). Primero, hice un diagrama de la habitación y proyecté en él las proporciones perfectas del rectángulo dorado, la forma de la Belleza esencial (MELZI EXHIBE LOS PAPELES. EL REY MIRA, SIN ENTENDER UNA PALABRA). Luego, tomé en cuenta los estudios de mi maestro sobre Arquímedes y deduje que el medio más adecuado para esconder su secreto debía ser líquido. Recuerde que inventó un artefacto que permite navegar bajo las aguas (MELZI MUESTRA AL REY MAS DIBUJOS Y ESCRITOS). Me sumergí en todas las cisternas y barricas del taller, pero sólo pesqué un resfrío y una borrachera que me tuvieron cuatro días en cama. En los delirios de la fiebre, caí en la cuenta de que la clave debía hallarse en sus pinturas y, por pura lógica, en una de las más recientes; en la última, para ser más precisos, de la cual Leonardo nunca se ha separado. ¡Un santo! (MELZI INDICA EL CUADRO DEL SAN JUAN BAUTISTA, QUE SEÑALA LA MESADA). Pero todavía no he conseguido descifrar qué me está queriendo decir.

FRANCISCO: ¿Todavía no?

MELZI: Es que no he tenido el tiempo suficiente. Leonardo prácticamente no sale

de aquí. Pasa día y noche trabajando, ni sé siquiera en qué; incluso, no duerme. Esta mañana es la primera vez que ha abandonado el taller y por eso me ha encontrado usted en plena búsqueda.

FRANCISCO: ¿Adónde fue?

MELZI: Está con los médicos. Se ha sentido mal en los últimos días.

FRANCISCO: (PREOCUPADO) ¿Con los médicos?

MELZI: Sí; él mandó llamarlos. También dejó dicho que fueran citados lo antes

posible un notario y un sacerdote. Temo que esté muy enfermo.

FRANCISCO: ¿Y cómo no va a estar enfermo alguien que sólo se alimenta de

verduras? Deberíamos forzarlo a que mantenga una dieta de carnes para que recupere la vitalidad.

MELZI: Creo que ya no está en condiciones**...**

FRANCISCO: Hay que apurarse, Melzi. Leonardo puede dejarnos en cualquier

momento. Lo importante ahora es que su obra no quede en la oscuridad...

MELZI: (PARA SI) Que no se pierda su genio...

FRANCISCO: ¡La máquina, Melzi! Si él llega a morir antes de que la encontremos,

estará perdida para siempre. Tiene que resolver la clave ya mismo.

MELZI: Pero, ¿cómo...? Todavía no se me ocurre...

FRANCISCO: Usted piensa demasiado, Melzi. Y ahora es necesario actuar.

MELZI: ¿Actuar? ¿De qué modo?

FRANCISCO: No consigue resolverlo porque no ha adoptado la perspectiva adecuada.

No está en papel. Ha tratado de resolverlo como un hombre de estudio, pero las cosas que poseen algún valor real sólo las obtienen los hombres de acción: los hombres que son capaces de conquistar y poseer, no un código, no una lógica evanescente, sino a los hombres que los idearon. Para apropiarse del bien más preciado de Leonardo es necesario apropiarse del mismo Leonardo.

MELZI: ¿Secuestrarlo? ¿Encarcelarlo? ¿Torturarlo?

FRANCISCO: *Imagine* que es Leonardo. Imagine que posee su genio... aunque sea por

un instante. ¡*Sea* Leonardo, Melzi!

MELZI: ¿Qué?

FRANCISCO: Nadie lo conoce como usted. No trate sólo de reconstruir lo que pensó:

*sea* él.

MELZI: Yo..., no sé cómo... Ese es el problema: nunca podré ser como él.

FRANCISCO: (HIPNÓTICO) Hágalo, Melzi. Mire a través de sus ojos, actúe como si

estuviera dentro de su cuerpo... Conviértase en él...

MELZI DUDA, PERO ADOPTA LA POSTURA VENCIDA DE LEONARDO.

**ESCENA XI**

ENTRA LEONARDO, ALGO DÉBIL. POR UN MOMENTO, EL Y MELZI SE MIRAN, COMO ANTE UN ESPEJO: AMBOS TIENEN LA MISMA POSE. MELZI REACCIONA Y RECUPERA SU POSTURA HABITUAL.

MELZI: ¡Maestro...! ¿Se encuentra bien?

FRANCISCO: ¿Qué dicen los médicos, Leonardo?

LEONARDO: ¡Ah, *i medici!*  Los Médici me llevaron a la gloria y los médicos me

llevaran a la tumba... ¡destructores de vidas!.

MELZI: Pero, ¿qué han dicho? ¿Qué aconsejaron?

LEONARDO: Han dicho que, como Marte está retrogradando, aumenta la viscosidad de

mi sangre; habiéndome calificado como un individuo de humor típicamente sanguíneo, el resultado no puede ser bueno. Han aconsejado una dieta líquida, compuesta de azúcar de Sicilia disuelta en vinagre.

FRANCISCO: Haremos todo lo necesario para conseguir los medicamentos y

restablecer su salud, maestro. Lo cuidaremos para que se libre de todo mal.

LEONARDO: ¡Ay! Temo que es demasiado tarde. Todo mal deja una tristeza en la

memoria, excepto el mal supremo, la muerte, que destruye la memoria al mismo tiempo que la vida.

MELZI: ¡Maestro, no hable de la muerte! ¡No la convoque!

LEONARDO: No la convoco si observo la lógica inatacable de los hechos naturales.

FRANCISCO: Pero sí ha convocado a un sacerdote y un notario, como si aguardase...

un final.

LEONARDO: Es cierto. He dictado mi testamento y he dispuesto que se digan en mi

nombre tres misas mayores y treinta menores, y que se distribuyan dieciocho kilos de cera para alumbrar las iglesias donde tendrán lugar. Ninguna precaución está de más.

MELZI: ¿El testamento? ¿Ya está redactado?

LEONARDO: Por supuesto. No privaré de amparo a ninguno de los que me han

querido y servido. No soy egoísta.... (LE SONRÍE), ni rencoroso.

(MELZI QUEDA AZORADO)

FRANCISCO: Maestro Leonardo, creemos que lo egoísta sería que fuera a dejarnos... a

dejar al mundo privado de sus secretos más importantes.

LEONARDO: ¿Creemos? ¿Quiénes creen eso?

FRANCISCO: Nosotros..., el Rey..., el Estado... ¡Melzi y yo, principalmente!

LEONARDO: ¡Ah, Melzi...! No se preocupen, todo está bien detallado en mis apuntes.

MELZI: A su Majestad le preocupa que sus anotaciones sean demasiado difíciles

de comprender.

LEONARDO: (DESCONFIADO) ¿Ah, sí? ¿Y cómo podría su Majestad saber eso?

FRANCISCO: Sabiendo de qué mano provienen y conociendo su afición por las

adivinanzas, no puedo menos que suponer que...

LEONARDO: No sufra más, Alteza; Melzi está al tanto de todo. Es una persona

brillante y tenaz, a la que resulta difícil ocultarle algo.

MIRADA ALARMADA DE MELZI A FRANCISCO.

FRANCISCO: ¡Basta, Leonardo! Ya sé lo que me está ocultando; sólo dígame donde

buscar y ya.

LEONARDO: ¿Yo oculto algo?

MELZI: Majestad, como dijo el maestro, yo puedo ocuparme...

FRANCISCO: (A LEONARDO) No se haga el inocente...

LEONARDO: ¿Y de qué soy culpable?

MELZI: (NERVIOSO) Creo que el maestro necesita reposo. Los médicos...

FRANCISCO: ¡Quiero la caja negra!

LEONARDO: (DEMUDADO) ¿La caja negra? ¿Qué sabe de la caja negra?

MELZI: (LO TOMA DE UN BRAZO) No se altere. Acuérdese de Marte.

FRANCISCO: ¡Todo! ¡Sé que es ahí donde guarda su secreto más preciado!

LEONARDO: ¿Cómo pudo averiguarlo? El único que... ¡Melzi! No habrás sido capaz...

MELZI: (ATORMENTADO) Maestro, yo... ¿De qué caja estamos hablando?

FRANCISCO: En esa caja se oculta el secreto que puede cambiar el destino de la

civilización... y el mío.

LEONARDO: ¡Melzi! ¿ cómo pudiste traicionarme? ¿Qué te ofreció? ¿Oro? ¿Tierras?

¿Mujeres? ¡Ah!... ¡Ya entiendo! ¡La inmortalidad! ¡Perdurar! ¡El genio!... Una muy volátil transacción: vendiste algo que no poseías a cambio de algo que nadie te podrá dar.

MELZI: Si nadie puede dármelo, a nadie debo lealtad. Si tengo que renunciar a

mis sueños, entonces puedo renunciar a cualquier cosa. También a usted.

LEONARDO SUFRE UN ATAQUE AL CORAZON.

**ESCENA XII**

LEONARDO ES SENTADO EN EL PISO.

FRANCISCO: ¡Guardias! ¡Traigan a los médicos! (SALE)

LEONARDO: (DEBIL) Es inútil. Se fueron indignados del castillo cuando les dije que,

por mí, podían retrogradar hasta el planeta de su preferencia.

MELZI: Me pondré de rodillas y les suplicaré. (HACE GESTO DE IRSE)

LEONARDO: ¡No, Melzi! No te vayas... no me dejes; tengo miedo. Ahora, el

razonamiento es inútil... ¡Qué lástima! Siempre pensé que, cuando llegara este momento, iba a tomar nota de todas las sensaciones, las percepciones... Un analítico y exacto registro de la experiencia de morir. Pero la verdad es que lo único que deseo es no sentir esto... No hay paz.... ni alivio... sólo miedo. (UN ESTERTOR)

MELZI: ¡No me deje! Aférrese al miedo, aléjese de la muerte.

LEONARDO: ¡No..., el miedo destruye..., paraliza! Cuando era menos que

un niño ... Una luz muy fuerte me hacía llorar.... entre las lágrimas brotó un pájaro con las alas desplegadas... se posó en mi boca. No tenía miedo: era el destino, mi destino de pájaro. Quería alas.... y ... ¡lo logré!

MELZI: (CONSOLANDOLO) Sí, sí.

FRANCISCO ENTRA.

LEONARDO: Estaba en lo alto de una loma solitaria y corría hacia abajo. Corría,

corría, corría... Las alas pesaban mucho... Pero después eran más

ligeras, más ligeras... Sentí que los pies apenas rozaban el suelo... Dí el salto más grande de mi vida... Estaba en el aire... ¡Volando!

FRANCISCO: Está delirando, Melzi; hay que sacarle el secreto antes de que sea

demasiado tarde.

LEONARDO: Más alto, más alto... Más alto.

MELZI: (COMO PARA CONTENTARLO) Sí, sí...

LEONARDO: El sol me hizo llorar... como cuando era niño... pero yo era el ave y era el

mundo, recién nacido, el que esperaba su destino.

MELZI: Su descubrimiento...

LEONARDO: Descubrí el miedo... El hombre más solitario del mundo... Las alas

soportaron mi peso, pero yo no pude soportar el suyo (SE DESMAYA)

FRANCISCO: ¡Le ordeno que no se muera!

MELZI SACUDE A LEONARDO

LEONARDO: (DESPERTANDO, CON UN ESTERTOR) En el aire, sólo somos

motas de polvo, caprichos del viento.... Más me elevo y más me hundo en la impotencia... No se puede contra el sol y el cielo y las estrellas... La noche no puede ser ahuyentada.

CIERRA LOS OJOS. LA COCINERA SE COLOCA, SOLEMNE, AL OTRO LADO DE LA COCINA.

MELZI: No, no, ¡todavía no! (MELZI TOMA UNA LIBRETA Y UNA PLUMA)

Vamos, dígame: ¿Cuál es la proporción justa de un cuadro?

LEONARDO: (RECITA) Describir cómo se forman las nubes y cómo se

disuelven, qué provoca que el vapor se eleve de las aguas en el aire.

MELZI: ¿Cómo evitar que el óleo se desprenda de las superficies porosas?

LEONARDO: .... qué causa la neblina y por qué se adensa el aire y por qué

parece más o menos azul en momentos diferentes...

MELZI: No, no. ¿Cómo se calcula la perspectiva en un paisaje con niebla?

FRANCISCO: ¡Pregúntele por la caja!

LEONARDO: ... describir qué es estornudar, bostezar; qué es la epilepsia,

el espasmo, la parálisis,

MELZI: ¿Cuál es la distancia que separa a la raíz del pelo de las cejas? ¿Cómo se

contorsiona un cuerpo?

LEONARDO: ....tiritar de frío, el sudor, la fatiga, el hambre, el sueño, la sed, la

lujuria...

MELZI: ¿Cuál es la chispa que arde en los ojos de una madonna angélica, de un

santo? ¿Cómo se representa el placer, el dolor? ¿Cómo se dibuja la sonrisa perfecta?

LEONARDO: (CON VOZ QUEBRADA) ...y etcétera, porque la sopa se enfría.

SE DERRUMBA. MELZI, DESESPERADO, TOMA ALGUNOS ESCRITOS.

FRANCISCO: ¡No! (LO SACUDE) ¡Leonardo! ¡La máquina!

MELZI: (LEE COMO SI REZARA) El principio de la ciencia de la pintura es

el punto, el segundo es la línea, el tercero es la superficie, el cuarto es el cuerpo que se viste de tal superficie.

FRANCISCO: Por favor, Leonardo: la máquina. Leonardo, por favor.

MELZI: El pintor es señor de todas las cosas que puedan caer en el pensamiento

del hombre, puesto que si tiene deseo de ver bellezas que lo enamoren es señor de generarlas, y si quiere ver cosas monstruosas, él es señor y creador. Y si quiere generar sitios desiertos, lugares umbríos o frescos en tiempos calientes, él se los figura…

FRANCISCO: (ENERGICO) La máquina, Leonardo. (ENOJADO) ¡La máquina,

Leonardo! (GRITANDO) ¡La máquina! ¡La máquina!

MELZI: ... Y si quiere valles; y si quiere altas cumbres, y si quiere el

horizonte del mar; él es señor. Y si quiere ver las altas cumbres desde hundidos valles, o hundidos valles desde altas cumbres. Y aquello que existe en el universo por esencia, presencia o imaginación, lo posee primero en la mente, luego en las manos, y éstas son de tanta excelencia, que en tiempo igual crean una proporción armoniosa con una mirada sola, como hacen con las cosas.

FRANCISCO: (MURMURA, CON DIFERENTES EXPRESIONES Y TONOS) La

máquina, Leonardo. Leonardo, la máquina. La máquina. La máquina. La máquina. La máquina. La máquina....

MIENTRAS AMBOS RECITAN, LA COCINERA ALZA UN BRAZO, EMPUÑANDO EL GRAN CUCHILLO DE COCINA.

CUANDO LO TIENE COMPLETAMENTE ALZADO, LEONARDO SE INCORPORA SUBITAMENTE Y ABRE LA BOCA COMO PARA DECIR ALGO. LA COCINERA DESCARGA LA CUCHILLA SOBRE LA MESA Y, COMO SI LE HUBIERAN CORTADO LOS HILOS, LEONARDO MUERE.

SE APAGAN LAS LUCES, EXCEPTO LA QUE ILUMINA A LA COCINERA.

**Acto V**

LA COCINERA SACA UN MANTO Y POSA COMO LA GIOCONDA.

COCINERA: La luz se extinguió; el día ha concluido. Ya se han ido a dormir un largo

sueño. Sin embargo, puede ocurrir que no estemos del todo satisfechos...; una sensación de vacío en el estómago, como si algo faltara, no nos deja descansar. Es el momento de hacerse una rápida escapada a la cocina para aplacar la ansiedad. A estas horas, todo está cerrado y bien guardado y no sería pertinente despertar a la servidumbre para que prepare algún plato elaborado. No hay que desdeñar entonces el valor –y el sabor- de los restos.... Los jugos y esencias que dieron sabor a la comida en un principio, ahora, al enfriarse, se han condensado, potenciando su efecto, dándole un condimento adicional.

Las sobras dejadas por unos… (REMARCA) *la****s s****obras* dejadas por unos pueden convertirse, para otros, en un insospechado tesoro.

SE APAGA LA LUZ.

**ESCENA XIV**

SE ENCIENDE LA LUZ SOBRE EL TALLER, QUE LUCE REVUELTO. MELZI ESTA SOLO, EMPACANDO. A LA VISTA ESTÁ EL RETRATO DE BABOU, LA GIOCONDA Y EL SAN JUAN BAUTISTA EN SU LUGAR DE SIEMPRE. SOBRE LA MESA, EL TESTAMENTO DE LEONARDO. ENTRA FRANCISCO.

MELZI: ¡Majestad...! No lo esperaba.... Ha pasado tiempo. Pase, por favor.

(BUSCANDO, INÚTILMENTE, ALGO EN QUE PUEDA SENTARSE FRANCISCO) Disculpe usted, creo que el lugar no está en muy buenas condiciones...

FRANCISCO: No se preocupe, Melzi, no me quedaré mucho; sólo quería preguntarle

algo antes de la partida.

MELZI: (TEMEROSO) ¿La... partida?

FRANCISCO: (AMBIGUO ADREDE) Así es... Los acontecimientos se han

precipitado; creo que la situación ya no da para más... Debo actuar.

MELZI: Excelencia... Sólo necesito algo más de tiempo para ordenar todo esto...,

no quisiera que nada se pierda...

FRANCISCO: Está bien, está bien... No es usted quien debe irse. Soy yo quien está a

punto de partir.

MELZI: Su Majestad... ¿se va?

FRANCISCO: Así es. ¿No se ha enterado? He dado la orden de preparar al ejército para

invadir Italia.

MELZI: ¿Otra vez? (ADVIERTE SU INSOLENCIA) Quiero decir...

FRANCISCO: Haber sido derrotado antes me ha permitido planear mejor mi estrategia.

Algunos diseños de su difunto maestro han sido muy útiles... Pero, como es usted milanés, no sería correcto detallarle más.

MELZI: Claro, claro. Igualmente, a mí, la guerra... (ENCOGE DE HOMBROS)

FRANCISCO: Sí, sí, claro... (MIRANDO ALREDEDOR) Veo que ha estado...

trabajando.

MELZI: Sólo trato de hacer un inventario... De los escritos de mi maestro, quiero

decir. Leo y releo el testamento (LO SEÑALA) y aún no termino de entenderlo. Es una tarea agotadora y, hasta ahora, bastante infructuosa.

FRANCISCO: No facilitó nada, (MIRA BREVEMENTE EL TESTAMENTO) Igual

que en vida. Y puedo suponer que en estos meses no ha encontrado algo que me interese...

MELZI: Sólo me he concentrado en los escritos de pintura; tal vez en algunos

diseños y una que otra... invención, cuyo funcionamiento no está claramente detallado. Pero he desistido de buscar... No sé donde está la caja, créame, excelencia...

FRANCISCO: No tengo que creerle, Melzi: lo sé con certeza. Cien hombres

meticulosos han revisado cada centímetro del único lugar que nos faltaba. Habrían encontrado hasta el cáliz sagrado si lo hubieran buscado con el mismo empeño. Un ejército leal y disciplinado puede ser más ordenado y sigiloso que un espía... o un delator. (DESDEÑOSO)

MELZI: Nunca confió en mí...

FRANCISCO: Por el contrario; usted era mi última esperanza. Confiaba en que usted

detectaría algo que cualquier otro pasaría por alto. Pero resultó inútil... ¿No es verdad? (MELZI ASIENTE) Creo que nuestro venerable Leonardo nunca hizo otra cosa que burlarse de nosotros. Hasta el final consiguió tener a todo el mundo pendiente de sus supuestas invenciones.

MELZI: ¿Supuestas? Con todo respeto, Su Majestad, mi maestro cambió nuestra

forma de comprender al hombre y al mundo, la ciencia y el arte. Sus

artilugios...

FRANCISCO: Ilusiones. Trucos de falsa magia. Meros productos del ingenio,

divertidos para contar en la mesa pero inútiles en la vida real. Su único logro palpable en Francia eran los *spaghi*, y ya ve, ni siquiera podía explicar cómo hacerlos.

MELZI: Pero, su Excelencia, obras como ese plato sólo son realizaciones

imperfectas de más grandes y ambiciosas ideas, como las contenidas en estos escritos: las concepciones geniales de Leonardo.

FRANCISCO: Usted admira las abstracciones, Melzi, y yo sólo creo en lo que saboreo,

oigo, huelo, veo (MIRA LA GIOCONDA Y LA TOMA ENTRE SUS MANOS). Para probárselo, estoy dispuesto a ofrecerle un buen trato: quédese usted con sus *concepciones geniales* y véndame las obras. No tiene la máquina de los *spaghi*... De acuerdo. ¿Cuánto quiere por esta?

MELZI: ¿Venderla....? Leonardo nunca quiso desprenderse de ella.

FRANCISCO: (SACA UNA GRAN BOLSA LLENA DE MONEDAS DE ORO) ¿Le

parece bien? Puedo darle otra igual, si prefiere.

MELZI: (SEÑALANDO EL CUADRO DE BABOU) Y ésta... ¿no le interesa?

FRANCISCO: Vamos... Otra vez pago por un Leonardo y usted me quiere dar un

Melzi.

MELZI: Yo puedo darle mi obra, la única que poseo, pero decidir así sobre el

legado del maestro... Ni siquiera he desentrañado su última voluntad...

FRANCISCO: ¿Aprenderá usted alguna vez? Sigue dejándose engañar por los falsos

enigmas, por los trucos de magia, por las *concepciones geniales*. Es incapaz de ver lo que tiene ante sus ojos. La única obra que usted necesita poseer, Melzi, es este testamento. Con él, usted *es* Leonardo.

MELZI DUDA, PERO FINALMENTE TOMA LA BOLSA SIN MIRAR AL REY.

FRANCISCO: Adiós, Melzi.

EMPRENDE EL MUTIS CON LA GIOCONDA BAJO EL BRAZO. ANTES DE SALIR, SE DETIENE ANTE EL RETRATO DE BABOU. SACA DEL BOLSILLO TRES MONEDAS, LAS TIRA AL PISO Y SE LLEVA TAMBIEN ESTE CUADRO.

**ESCENA XV**

AL QUEDAR SOLO, MELZI SOPESA LA BOLSA Y EL TESTAMENTO, CADA UNO EN UNA MANO. LOS DEJA.

DEL PUNTO DEL MUEBLE-MESADA HACIA EL QUE APUNTA EL DEDO DEL SAN JUAN BAUTISTA, SACA UNA SUERTE DE MODULO QUE FORMA PARTE DE ÉL Y QUE SE REVELA COMO UNA CAJA DE COLOR NEGRO.

MELZI ABRE A LA VEZ EL FONDO Y LA TAPA Y COMPRUEBA QUE ESTA VACÍA.

LA APOYA SOBRE LA MESA, COLOCA DENTRO EL TESTAMENTO Y LA CIERRA.

SE SIENTA ANTE ELLA.

MELZI: (AMARGO) Trucos de magia...

DESALENTADO, APOYA LA CABEZA EN SUS BRAZOS, SOBRE LA MESA. LA LUZ SE CONCENTRA SOLO EN EL Y LA CAJA.

DESDE UN COSTADO, LA MANO DE LA COCINERA, ABRE LA TAPA DE LA CAJA. COMO POR ARTE DE MAGIA, EXTRAE DE ELLA UN PLATO DE SPAGHETTI. LO SIRVE A MELZI Y SE RETIRA.

COMO DESPERTANDO, MELZI ALZA LA CABEZA Y, AL ENCONTRAR EL PLATO FRENTE A SÍ, CON RESIGNACION TOMA UN TENEDOR Y ENROLLA UNOS FIDEOS.

SE OYE LA CARCAJADA MASCULINA DE LA COCINERA, ALEJANDOSE EN LA OSCURIDAD.

TELON.